

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Felipe Benítez Reyes [3] Erika Martínez [4] José Manuel Benítez Ariza [5] Juan Manuel Macías [7] Hilario Barrero [9] María Alcantarilla [10] Álvaro Valverde [12] Manuel Moya [13] Trinidad Gan [16] Piedad Bonnett [17] Francisco Barrionuevo [18] Ben Clark [19] José María Jurado [21] Lola Mascarell [23] Susana Benet [24] Jesús Aguado [25] Josefa Parra [27] José Luis Morante [28] Pablo Fidalgo Lareo [30] Pilar Márquez [35] Juan Lamillar [37] María Ruiz Ocaña [38] Antonio Praena [39] Javier Vela [41] Josep M. Rodríguez [43] Lola Terol [44] Álvaro García [47] Joaquín Pérez Azaústre [48] Olga Rendón Infante [50] Juan Carlos Abril [56] Carlos Alcorta [57] Francisco José Martínez Morán [58] Toni Montesinos [59]

Felipe Benítez Reyes

FORMULACIÓN DEL MECANISMO DEL TIEMPO

Lo que se va. Esta fuga. Cuanto mueve
el viento que va huyendo hacia su ayer.
Lo que deja de ser nada más ser.
Los días que se funden con la nieve.

Lo veloz, lo no visto, lo olvidado.
Lo que fue a su acabarse. Cuanto vino
y suplantó el anhelo de un destino.
Lo rápido en huir, el delicado

morirse de tan poco tanta vida...

Hay algo en la verdad que no es verdad:
si el tiempo es siempre un punto de partida,
¿qué hora marca tu tiempo, eternidad

mía, que ya no
eres eternidad?

Erika Martínez

MUJER MIRANDO A HOMBRE QUE LIMPIA COCHE

Mujer en restaurante que no puede permitirse mira a hombre que limpia coche. Mujer con ojo derecho más grande, ojo que divaga y mira a través del cristal con cuello alto. Tres colegas en la mesa y uno de ellos la envía a comprobar el punto de la carne. Vagina es túnel que comunica cocina y hombre. Anda, ve, tú sabes.

Hombre que limpia coche limpia coche. Es tan caro que no le pertenece. Y se agacha junto al guardabarros con su trapo, y se estira de puntillas sobre el capó, y desaparece hasta la cintura mientras sacude los asientos. Muestra posturas sucesivas y también superpuestas, como una de esas placas fotográficas de Muybridge con atletas primitivos y caballos.

Mi abuelo fue cochero y después dueño de restaurante, ¿yo qué soy? Hombre que limpia coche mira a mujer en restaurante que no puede permitirse y le devuelve el escaparate. Una energía insolente resucita crustáceos y moluscos sobre el plato.

No se rompe un cristal poco a poco. No hay en su afuera hueco, ranura, agujerito donde hincar herramienta última. Hay que romper cristal de pronto. O romperlo de la nada, como ese vaso que alguien golpeó pensando-pensando contra el fregadero y, minutos después, pedacea sobre la mesa.

José Manuel Benítez Ariza

VIAJE DE ESTUDIOS

(Habla C.)

El aire es de cristal y la ciudad
está guardada dentro de una urna.

Inútilmente alargo la mano hasta tocar
su superficie satinada.

Y esa luz en los techos de los coches:
élitros bajo el sol filtrado entre los árboles.

Ahora todo está desenfocado.

Mis recuerdos operan, no sobre la experiencia directa de las cosas,
sino sobre recuerdos anteriores,

y las imágenes que guardo
de la ciudad no son de la ciudad,
sino meros reflejos de reflejos,

la foto que se superpone
a la imagen real de lo vivido,

la rosa que es la rosa que es la rosa.

Y he perdido las fotos como perdí mi infancia.

Y ya no soy quien era entonces.

Y si me acuerdo ahora de París

(aquellos élitros que destellaban
bajo las ancas poderosas
de la Torre –*Bergère ô tour Eiffel*–)

es porque ya mi infancia se me ha borrado igual;

es porque ya cumplí los dieciséis;
es por la lejanía de mis padres
y sus abrumadoras convicciones
y su asfixiante intimidad
y sus cenas con vino
y sus extenuantes confianzas,
y su decirme cómo era,
cómo tiene que ser, París,

donde nunca han estado.

Juan Manuel Macías

HAY UN MUERTO

Hay un muerto que recomienza siempre
torpe y telúrico, va arrastrando jardines
y manteles; crece y crece hacia abajo,
donde los tesoros se pudren en calidad de promesas
y las palabras se marchan con la canción del río.

He aquí la oscuridad,
su tibio ajuar bajo el verano adrede,
las golondrinas escribiendo en el orbe de los ojos «temprano»,
[ya es historia],
los cervatillos recortados contra el vientre
donde reza a escondidas el corazón de los cuentos,
navaja en flor donde nos consumíamos.

Hay un muerto que siempre viene a reclamar sus muertos,
a concitar la historia y a vulnerar los pechos.

Demasiado sombrío, aún guarda en su garganta, como una
[pulpa amarga,
el ovillo de un silbo, el gesto de una luz lastimada de caminos,
una música rara que quiere parecerse al mundo
cuando paseaba su leve primicia entre las piernas.

El presagio del alba era un mendigo apenas: recordémoslo,
y recordemos también la delgadez del cielo a mediodía,
pues de allí colgaban los primitivos labios del afilador.
Hacia la puesta de sol siempre matábamos al muerto,
[como en un dulce rito vespertino.

Lo matábamos en un corro sobre el mundo que pronunciaba
[«siempre»,
y entonces siempre se estremecía el delicado sendero que
[conducía al principio.

Y el muerto nos volvía a crecer en los bolsillos, y en todos los
[cromos se multiplicaba.
Callaba en los armarios, dormía en nuestros besos.

Y sigue y sigue reinventándose en las rendijas de los días
[o en las noches memorables
su cuerpo de acordeón ambulante y acartonado,
lamiendo los fallados y deshojando sentinas.
Cuando sus ojos miran con nuestros ojos
cada latido, cada ansiedad del mundo lo encauza más y más
[a la tierra,
porque, en el fondo, el muerto pesa como un hombre
y son sus manos pertinaces y largas como el río,
y se parece a la música tardía del verano
cuando se nos para de pronto al final de las calles.

Siempre a cuestras con él y dando tumbos,
bajando sin cesar hasta la sangre,
cuando es la madrugada, definitivamente
expulsados de la última fiesta,
con los modales justos para saludar otro día,
con el compás perdido, con la ronquera inhóspita,
con todos los estribillos hechos trizas por el suelo.

Hilario Barrero

PLAZA DE SAN MARCO, VENECIA

Sentados en un banco, bajo los soportales,
dos jóvenes se miran incendiados de la misma manera
que el agua veneciana se estremece cuando la mira el sol.
Son dos cuerpos en armas: ligeros de equipaje,
coraza de algodón, pantalones vaqueros
y la fresca insolencia de sus escasos años.
Tienen todo el día y la noche para amarse por plazas y pensiones,
toda Venecia para mostrar su amor.
Uno de ellos se tumba
y apoya la cabeza en el regazo amigo
como un cristo yacente ofrecido y vivísimo
coronada de luz la cabeza rapada.
Se inclina el compañero y le besa
mordiéndole en los labios como quien come una fruta madura.
Curva la espalda, tensado el cuello, la barbilla encajada
y las bocas unidas, se quedan un momento sin moverse:
gloriosa imagen en mármol de Carrara.
Los contemplan dos viejos sorprendidos,
mil palomas, un bosque de miradas
y una tarde gloriosa de septiembre.
A uno de los viejos se le corta la sangre
y siente un navajazo en las entrañas
al recordar que hace ahora casi cincuenta años
en esta misma plaza, una mochila por toda compañía,
alguien que al preguntarle «Vai solo?»
le enseñó el camino hacia lo oscuro.
Cuando volvió a su casa no le reconocieron
y tuvo que marcharse lejos de su ciudad a vivir en tinieblas.

María Alcantarilla

TE LO VOY A EXPLICAR DE UNA VEZ Y PARA SIEMPRE

nada vuelve, nada se repite, porque todo es real

A. CAEIRO

Te lo voy a explicar de una vez y para siempre.
Por fin voy a atreverme –y será la última– a decirte lo que soy,
Quién o cómo soy, amiga mía.

No me tengo por un hombre de costumbre.
Amo o me desecho porque algo en mí suele clamar alto,
Una especie de temblor, de sacudida,
Ese verte, de repente, entregado a cualquier obra o ser que
Te conmueve,
Que busca darte vida, como al preso
La luz tras su condena.

No podría hablar de mecanismos.
Para eso hay otros tantos que saben, sin dudarlo,
De las horas o los días como si de verdad la inmortalidad
Fuese cierta,
Como si fuera, nuestra vida, algo acaso más importante
Que la libertad inherente a cada uno,
El hecho de hacer o de vengar las decisiones castradas
Por una rutina sin presente.

Yo amo lo que algunos no quieren nombrar siquiera
Y aborrezco sentirme rodeado de homicidas.
Aquello, ser o sombra, que tiende indefectible a prolongarse,
A hacerse ver, al tiempo, lo mismo corregido o aumentado:
Crecer o madurar, ¿es esa la manera,
El único motor frente a la Nada?

Álvaro Valverde

MIRADA

Sobre la pasarela, contemplando
el río y su transcurso, las orillas,
los árboles sin hojas y el molino,
de equívoco aire inglés;
suspensa sobre aguas cenagosas,
su mirada era digna de un poema.
Me pareció postrera. La de un hombre
que mira por vez última.
Que quiere despedirse de un paisaje
mil veces entrevisto y otras tantas
observado con calma porque es parte
de aquello que es él mismo.

Manuel Moya

CASAS

Antes hubo siete y en todas ellas
el sueño me incendió con el fulgor de un bosque.
En unas aprendí que el invierno suele ser una estación dormida,
que tras los leños arde no sólo la savia y la madera,
sino también el tiempo y sus raíces,
la lluvia que no volverá a empaparnos,
el cielo que ya no ha de protegerte,
en otras bosquejé un rastro de hojarasca,
un río imprevisto, el color de las nubes.

En una de ellas esperé a mi padre y seguí expectante
esas briznas de luz cuando la mañana sabía a mosto y a jalea
y los pozos aún vertían pavor sobre los ojos;
aquella casa olía a medicinas y a un temblor cansado.
A niños y a lluvia,
olía a lluvia y a macetas todo el tiempo.

En otra conocí la primavera de septiembre, sus moscas y sus parras,
la mano de mi abuelo, rota y fría en el terrazo,
la voz desierta de mi hermano ausente (y Dios que se ocultaba)
que perturbaba, y cómo, los espejos. Y el exilio.
En ella conocí la vía láctea publicada en unos hombros,
el liz, la luna y los vergeles de la sangre y la aguainta.
En ella descubrí cuán solo estaba y el efecto corrosivo de tu nombre.

La otra fue una casa diluida en otras casas
donde las estrellas guardaban todavía un sabor a tahona vieja y
[a letrina.

Los chicos caminábamos por un corredor sin huesos
y sobre todos cabalgaba un aire ya viciado de amapolas y periódicos.
En ella contemplaba las luces de Sevilla.
El mundo se abismaba en nuestros ojos con prontitud de albatros.
Qué altas se me hicieron desde entonces las ventanas.

Hubo otra casa. Estaba en una esquina, junto a un puesto de flores
y eso es todo, porque allí se conjuró la dicha y el geranio. Las
[higueras, quietas,
exhalaban su aroma de campanas, cartílagos y verbos. Y yo fui
[el verbo,
las lonas hinchadas desde el verbo. Y tú te me fuiste
como se va la leche en una madre.

Después vino la sombra, el grito, la oliva cangrenada,
la crucifixión, la noche, el destripado arcángel.
Y descubrí el desierto, esa casa sin techo que llevo a todas partes,
una casa excavada en el talud, bastión para el leopardo.
Un retrato donde el mar acababa en una hoguera:
dentro de unas botas, uno no era más que un trozo de carne
que cualquiera echa a los perros.

Viví bajo un naranjo. Su verde aroma me sigue desde entonces.
Tomé una calle y luego otra y en su savia exprimí
más el consuelo que el asombro. No todo era perdido.

Después vino el mar, una casa en el mar, con pálidas gaviotas
y la sensación de que el mundo era tan joven
que jamás alzaría su mano sobre mí. Un barco
apareció de pronto, tan azul, tan tuyo y nuestro,
que de pronto el sol palideció y se hizo carne
y crecieron las montañas y los dedos. La luz corría más que el agua.
La voz de un niño crepité en la luz.

Y llegó la octava casa. Esta, sobre la que dejé mis manos y mis uñas,
la que defendí contra mí mismo y contra todos. Esta.

Esta casa, la octava, la penúltima. Sobre la que ahora
me cerca el horizonte, la de la chimenea encendida,
la del balbuceo y la harina, la del ciprés y la tarde,
la del mar al que regreso cada día,
la que sabe a tinta fresca y a potajes,
la alquilada por siempre al domador de fantasmas,
la casa que algún día me guiará al invierno,
esta casa, la de tu tibio nombre.

Trinidad Gan

CENIZAS

Baila frente a la hoguera.
Mira las llamas. Contempla cómo oscila
ese ligero toque de azul justo en el centro.
Y salta sobre ellas, aunque después te sientas
un trozo de metal que ha blanqueado el fuego.
Ahora que ves arder toda promesa,
que prenden tuétanos, sílabas
encima de los cuerpos que has gozado,
de las nuca mordidas y el olvido,
mejor este dolor que aquel desgarró:
esa búsqueda torpe de fronteras
donde juntar amor con soledad.
Nunca huyas del fuego,
porque donde no existe estás de sobra.
Atrévete a pisar en ambos lados,
en su cara de luz, también en su tiniebla.
Deja tu huella con el peso exacto
abierta en cada una de las orillas rojas.
Sé ángel, sé demonio,
hielo y ascua, pira o destello:
cualquiera de los muchos matices de la llama.
Y cae después como ceniza fértil
sobre tu propia tierra calcinada.

Piedad Bonnett

A TU HORA

Dice el psicoanalista que el salto hacia el vacío
es, en forma simbólica,
un regresar al vientre de la madre.

¡De otro modo
me hubieras tú buscado!

De otro modo
habría yo querido recibirte:

en la curva más dulce de mi adentro,
en un cobijo de azules membranas,
en un mar de benigna oscuridad
que librara tus ojos
de la herida del sol de cada día.

Mas a tu hora sólo fui intemperie,
un agujero
en la red que tejí con torpes hilos,
por donde regresaste hacia esa nada
de donde alguna vez
viniste a darme luz, temblor, sentido.

Francisco Barrionuevo

ORIGEN Y PRESENCIA

El uno –permanencia– abre lo eterno.
El dos –el intervalo–, el infinito.

Plan de lo inexistente
en su trayecto a ser.

Precede
la voluntad del vuelo al pájaro.
El aire, una invención del ala.

Origen y presencia. Hacia su origen,
lo que ha de ser –sin ser– traza un camino.

Ben Clark

SED

*la rara y tenue sensación de estar
que se siente en las islas y en los bares.*

JAIME GIL DE BIEDMA

Las noches desquiciadas del desierto
cuando la sed invita a descansar
en medio del camino.
Es decir,
las noches sin estrella
cargadas de desastres y de euforia
cuando la caravana se detiene,
forma un círculo,
y proclama aquí estamos bien, aquí
nos quedamos. Y beben
y ríen
y se ríe la sed
porque distingue a lo lejos un aro más oscuro
dentro de la noche negra; un cerco de bocas sucias
y afiladas. Se ríe, digo, y ríen
todos los invitados ignorantes
en medio del camino. Porque la sed convida
y cuando la jauría ataca al fin
se miran con pavor y mueren solos.

Oh, sí; conozco bien el alimento
de la sed, cada réplica
y cada parlamento y cuántas veces
regresará a las tablas con un gesto de asombro.

Sed cautos, dice, y juega como un niño
juega a lanzar al aire una peonza.
Cada vez con más fuerza,

más lejos; si se pierde si se rompe
nadie tendrá la culpa salvo el aire
o los sueños, las ganas
de cruzar con los ojos vendados un desierto.

Ha sido en estas noches cuando he roto
los juramentos tibios de quien ama
sin conocerse bien,
de quien no sabe quién se esconde dentro.
Noches sin amaneceres ni números ni nombres.
Cuando he sentido sed;
la sed atroz que sólo la sed calma.

José María Jurado

HOJAS DE ALMANAQUE

AB URBE CONDITA

¡Eléctrica Roma! Es púrpura la noche de los cónsules cuando cien mil arcos voltaicos te iluminan y los foros y calles resplandecen. Esta mañana hemos subido al monte Palatino para hacer sacrificios a los dioses inmortales, para ungir los corderos con coronas de rosas y avistar el Triunfo de los reactores, las legiones aéreas del Senado y del Pueblo. Una nube de amianto ciñe la cúspide de las Siete Colinas como una clámide tóxica, pero los colosos de mármol ensartan la bruma y rozan los sagrados talones de Júpiter Stator, la perfección de la industria pesada. Oh Roma, a la luz prodigiosa del plasma fenicio estudiamos cada día las últimas profecías de los augures y un temblor de protones permanente recorre las calzadas de la República, desde la cueva Lupercal a la Última Thule, sin bárbaros ni emperadores.

TRACTATUS

Y tras este Silencio que sucede al derrumbe de toda Metafísica, admitamos, Lucrecio, no el fracaso, mas la impotencia de nombrar al mundo. El poema no es sino artificio, maquinaria verbal bien calibrada que utiliza un enigma inexistente para hacer una pregunta musical, sin aumento de conciencia o de saber y que debiera callar cuanto no sabe: zona desconocida de belleza. Átomos de lógica, trincheras reventadas, el soldado Wittgenstein camina a través del fuego cruzado de su muerte, invulnerable, a su pesar, al fuego; busca la lenta rosa y su pausado crecer benedictino. Ved al sabio oficial de jardinero o de maestro en las escuelas de los bosques, sumergido en la

calma del pensar, con la faz afilada de los números primos. En principio era el Verbo, Lucrecio, y tus partículas, sólo juegos absurdos del lenguaje, sonidos de intuición.

ANTON BRUCKNER

Semilla de cristal, *big-bang*, onda de luz, magma de la música espiral. De la nota sostenida asciende la vidriera trepidante y gótica: llamarada azul de los metales, columna aérea del timbal, estridente violín, pináculo de Fe. Una campana de sonido suspendida, una catedral henchida de belleza, sobrevuela la sala de conciertos a punto de estallar y desplomarse en átomos de voces redentoras. Abandonamos, ungidos, el teatro. ¿Y nuestra lengua? Arquitectura de papel vacía, prosa lastrada por palabras de piedra, cenizas de la zarza consumida por el fuego de un titán.

HOMENAJE A PUCCINI

Una magnolia nace de la escena en penumbra, un blanco resplandor que sube de la honda garganta de la melancolía. La orquesta es una bóveda irisada por donde vuelan voces como pájaros, surtidores de dulces melodías que avivan el ascenso de la flor. *Recóndita* magnolia, con los ojos arrasados por un llanto de ensueño hemos visto arder tus pétalos abiertos, la geometría tersa de tu esplendor. Cuando el telón guillotine tu corola dormida y en el alto paraíso tristeza y alegría concierten un aplauso de la misma sustancia, cuando la góndola mágica difunda ondas de olvido hacia el perfil diluido del teatro, tu cálida fragancia durará todavía, magnolia, lágrima cortada en el jardín de los sueños como un triunfo de la vida.

Lola Mascarell

UNA ROSA

Florece una rosa junto a mi ventana.

Lo demás es azul,

y pesa,

pesa.

Como pesa la noche que recorta
los pétalos intactos,

no manchados aún por la tiniebla
que se cierne y los borra.

Borra el mundo, la rosa, mis pupilas,
borradura de nada será el tiempo:

el tenue parpadeo de la rosa

brillando para mí

y que no dice nada,

y que lo dice todo.

Susana Benet

TU MANO ENTRE LAS FLORES

Con cuánto mimo
cultivabas tus flores mientras yo
te observaba de lejos moverte entre las dalias,
los lirios, los claveles,
protegiendo los brotes con gesto maternal.

No recuerda mi piel haber sentido
un roce tan tierno de tu mano,
ese temor a herir con que posabas
tus vigorosos dedos
en la frágil tersura de los pétalos.

Jesús Aguado

EL SABER DE LOS BÁRBAROS

Sabemos que los bárbaros
han secuestrado el tren de suministros.

Sabemos que los bárbaros no saben
que un tren no es un caballo
que galopa azuzado por látigos y espuelas.

Sabemos que los bárbaros están
invocando a sus dioses para que el tren avance
y cruce la frontera hacia el desierto.

Sabemos que los bárbaros realizan sacrificios,
muerden sus amuletos de latón,
se sajan con punzones antebrazos y pechos.

Sabemos que los bárbaros amamantan el tren
con pellejos hinchados de leche de camella.

Hemos puesto vigías y por eso sabemos
que los bárbaros duermen junto al tren,
se comen nuestros víveres, se ponen nuestras ropas,
cargan en sus carretas nuestras armas,
se cuentan nuestros sueños como si fueran suyos
en su lengua de hiel y escarabajos.

Ya llegaron las tropas de refuerzo
y, sin embargo, no los atacamos
por respeto y envidia

de cómo un pueblo bárbaro
sabe más que nosotros del alma y de los trenes.

Sabemos que los bárbaros
morirán defendiendo su cachorro de trueno
antes que devolvérselo a nosotros.

Sabemos que los bárbaros son fuertes y obstinados.

Después de unas semanas
retiramos las tropas, los vigías,
regresamos al fuerte cabizbajos.

Ya tenemos bastante.

Que se lleven los bárbaros el tren a su desierto
y lo yergan altivo en una duna
y esperen la justicia de que por fin despierte.

No queremos estar cuando eso pase
y los bárbaros rujan despiadados
y el tren que fuera nuestro les responda
con relinchos y truenos espantosos.

Josefa Parra

NUESTRO HOGAR

Donde tú no me duelas,
debajo o por encima de las cosas presentes,
estará nuestro hogar.

Tocado por el rayo
de lo invisible, inmune a la rutina,
más firme cuanto menos apropiado,
en lo oscuro será
un faro.

En su ventana, cada noche
—todas las noches, siempre, aunque no vengas—,
alumbrará el deseo.

José Luis Morante

AFORISMOS

Marejadas, borrascas, nubes y claros. Meteorología de poeta.

Con la escritura, restaurante discreto en el que sólo hay sitio para dos comensales.

Para la confidencia íntima y personal un tono de voz sobrio, alejado del aspaviento.

Inéditos de textura adiposa. Necesitan una dieta adelgazante.

Suele hablar en plural. «Nosotros» –dice.
Y detrás de su voz se hace visible un gran vacío.

La poesía es un ininterrumpido diálogo con el tiempo;
la suma de ayer, de hoy, de mañana.

No es un crítico sino un fiscalizador de prestigios.

Los contornos de un poeta no coinciden
con el desahogo sentimental de un sujeto ensimismado.

Afronto la poesía defendiendo el cálculo de estructuras;
que nada sobre.

El poema contiene sustancias reactivas.

Artesanía. Taller de autor. Cálculo técnico.
Ebanistería que los románticos llamaron inspiración.

Pablo Fidalgo Lareo

CUADERNO DE SICILIA

Hubo un hombre caminando por Italia

Una noche de lluvia y un hospital secreto
Hubo una enferma allí dentro
Bella como nada que yo haya visto

Hubo un gran amor un gran viaje
Hubo un ser poseído por algo que no era de este mundo
Hubo una mujer enferma
Que secó al hombre cuando llegó al hospital
Todo se definió desde entonces
Hubo un parto limpio
Hubo un vocabulario al que limpiarle la sangre
Hubo una primera vez

Hubo alguien que me detuvo en la puerta del hospital
Y entonces empecé a hablar
Dije si no me admities como a un enfermo
Admite que el mundo es salvaje y que llueve
Que he tenido que huir
Admite que quizá el verano de mi vida
Está en el jardín de tu hospital
Admite que este día ha sido difícil para mí
Y que puede que tarde tiempo en curarme

Hubo un médico traicionado
Hubo un hombre y una mujer que escaparon del hospital
Hubo después de muchas noches de lluvia
Una mañana de luz

Hubo un hombre y una mujer
Que envejecieron pensando
Será sólo un momento

Lipari

La primera regla del viaje es no olvidar
que cuando se acabe estarás muerto.
Has de viajar sin nada, cambiar tu vida.
¿Durante cuánto tiempo puede uno
encerrarse en una habitación de hotel
fascinado con las vidas ajenas?
Hemos de perderlo todo como el niño
que se dirige a la primera palabra.

La primera vez grabamos desconocidos.
Ahora nos grabamos cada noche
confesándonos ante el mar.
Venimos a la isla de los arrepentidos.
*Mi forma de amar es un combate a muerte
entre un objeto y yo.*

Estoy dando la cara por un sueño que aún no conozco
pero mi amor comprende que hay actos
superiores al de dar la cara.
Ya nunca tendremos vergüenza
de haber nacido equivocados.

Mi amor aprende en mi cuerpo la diferencia
entre la pobreza y la miseria.
Grabamos nuestra verdad de exiliados
atrapados en su propio viaje sin retorno.
Si recuerdas las casas de las que venimos
nuestra belleza es una exageración.

Ispica

Si dejas en el mar a un recién nacido
es capaz de nadar hasta el horizonte.
Siempre decían lo mismo
*todo lo que sabes lo aprendiste
antes de cumplir tres años, antes de la separación.
No aprenderás nada nuevo nunca más.*
Sigo abriendo la boca dentro del agua
para asegurarme que la sed es toda mía.

Decían solo haces bien las cosas pequeñas.
*¿No crees que pelear por los restos materiales
es una forma extrema de expresar el amor?
¿No es una última pelea por la verdad
cuando ya no existe la justicia?*
Siempre fuiste ajena, solo el deseo de juventud
unió nuestras vidas violentas.

Una vez entramos vestidos en el mar y fue perfecto.
Busqué el momento de vencer tu resistencia
cuando tu veneno aún no significaba nada.
Tú me amabas, me tocabas, me discutías
mientras mujeres enfermas morían a mi alrededor.
Las actrices y las furias se tocaban
a través de mis brazos heridos y de la sal.

He comprendido de una vez por todas
por qué no debía acercarme a los desconocidos.
Sé que aún he de aprender una última cosa
pero aún queda tanta vida por delante
que por primera vez no necesito darme prisa.
Tú y yo amamos esta generación de recién nacidos
que necesitan que alguien los lleve al mar adecuado
para nadar y sentir que llegarán lejos
sin ocupar el lugar de nadie más.

Palermo

Llegamos en pleno invierno y decimos
¿Hay una habitación libre para mí?
¿Un amor? ¿Un espacio que se pueda abrir?
¿Un vacío legal? ¿Hay tiempo aún para excitarse?
¿Me vuelves a cambiar las vendas?

Ahora comprendo la diferencia
entre el simple deseo de volver a la infancia
y la absoluta necesidad de renacer.
He destruido la habitación de hotel.
He renacido sin haber llegado
a reconocer en mi tragedia una primera vez.

Me seco, me limpio, me protejo del frío.
Soy envuelto por personajes desconocidos
que me hacen callar y me desprecian.
Mi historia con el teatro fue solamente
mi relación con un inmenso telón.

Mi forma de pagar fue tan salvaje
que toda mi deuda ha sido perdonada.

Punta Raisi

Algunas veces pienso que los diferentes,
los que se sintieron una vez tan fuera como yo,
me acogerán. Es falso.
Otras veces pienso que aquellos
que sufrieron en su cuerpo la represión
que yo estoy sufriendo en este momento
me acogerán. Es falso.
Otras veces pienso que mi violencia
ya no tiene credibilidad, que puede sustituirse
por la pasión, la furia y el exilio. Es falso.

¿Quién tiene una moral superior? ¿Cómo es su cara?
Nadie quiere acoger un agujero en la historia,
nadie se arriesga a caer por un lugar desconocido.
Nadie sabe cómo hacerlo suyo.

He estado tiempo midiendo mis palabras
imposibles de medir, midiendo actos
absurdos como nosotros mismos.
Yo me defiendo del lenguaje que es muerte.
Amo a un ser extremo hoy y siempre.

Mi deseo aún no contiene ese error de base
que convierte a los deseos en sagrados.

Pilar Márquez

RÍO GRANDE

*Con los pies en el suelo
presta a emprender el vuelo*

Por si me ausento —para volver quizá—,
por si me fuera hoy mismo para siempre,
guardadme algún atuendo
con olor a azahar o a moras
y unos zapatos cómodos
que me hagan el viaje llevadero.
No quebréis el desorden todavía
de los libros del alma, mis textos, la hojarasca
de prensa recortada, porque en ellos
os lego un testamento
que habría de escribir si tengo un rato:
en esas hojas quietas
han bebido mis ojos la vida a pie de luz,
el pan de cada día para ir tirando.
En ellos vivo aún. Sentir podréis
el ritmo intenso de mis sentimientos
—*allegro moderato*, lento nocturno azul.
Aprendí en ellos
una manera de soñar despierta:
con los pies en el suelo
presta a emprender el vuelo.

Y mientras esté fuera
o cuando me haya ido,
que los muertos se ocupen de sus muertos.
Vivid, vivid la vida a pulmón pleno,
cada cual a lo suyo
para que la tarea sea siembra común

y descansemos
en los deseos cumplidos.

Ahora permitidme vagar por este mundo
sin más obligación que la de darme
a quien me necesite
—por ejemplo, a mí misma.

Y gracias
siempre
por cargar con mi ausencia,
vosotros que tanto sustentasteis
mi estancia cotidiana,
mi merodeo esporádico en anegada o fértil
soledad,
mi —a veces excesiva— incómoda presencia
reseca, muda, enajenada, autista.
Gracias por aceptarme y compartirme
en todas mis vertientes,
especialmente en esta que me lleva
hasta el río en que habremos de encontrarnos.

Juan Lamillar

LOS LUGARES DEL AGUA

Un pozo. Una mirada.
El rumor de una acequia.
La machadiana fuente.
Un regato en el bosque.
La rueda de fortuna de la noria.
El lago. El mar. El río.
La minuciosa majestad de los océanos.
Pero volvamos al cristal, al espejo,
a la copa callada en el alféizar,
volvamos a tus ojos,
a la humedad precisa de tu boca,
volvamos al amor en los estanques,
y olvida las corrientes subterráneas.
Estos son los lugares del agua:
yo soy el zahorí que la descubre.

María Ruiz Ocaña

EL SALVAVIDAS

Me ataba de una cinta al salvavidas.
A mi madre le daba miedo el mar;
demasiada extensión, tan breve cuerpo.

A la vida me unía como ahora,
delgada y fina cuerda umbilical,
sujeta a esos recuerdos de niñez.

Mi madre y sus miedos y la cinta
más corta que la angustia de perderme,
y este futuro de aguas abisales
en el que tantas veces nado sola.

Antonio Praena

PATERNIDAD

Para Raquel Lanseros y Laure en el día de su boda

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
CESARE PAVESE

Y no lo sabes bien,
apenas te das cuenta,
pero el instante queda en él glorificado
como la rosa en la sangre,
como tu sangre en la rosa.

Tendrán en él sentido tus heridas,
en él te desagravias
y en él benignamente te perdona
la vida las traiciones que le hiciste,
la vida cada golpe que tú sabes.

Lo miras,
lo miras y no acabas de creerlo.
Sus ojos están limpios. No hay miedo en la manera
que agarra con su mano un dedo tuyo.
Tan sólo en él no hay miedo, tan sólo en él no cabe.

Vendrá la vida un día. La vida ya ha venido;
sus ojos te lo dicen,
sus ojos parecidos a los tuyos.

La planta de sus pies tiene los mapas
de todos los caminos de tus pasos.

En él todo silencio y en él todas las voces:
el rumor de los bosques y el eco de tus padres.

No es nada: escasamente 4 kilos
por los que morirías;
tu aurora, el hijo tuyo: tu criatura,
el mundo que aún no has visto y te hace eterno.
Lo que te justifica.

A lo que con dolor he renunciado.

Javier Vela

HOTEL ORIGEN

1. No estábamos desnudos. Estábamos vestidos mutuamente contra la piel del otro.

5. Oigo cómo tus pasos ensanchan mi camino.

11. A veces los ahogados siguen pedaleando bajo el agua como recién nacidos, dice Amara.

15. Miro crecer tu sombra desvelada cruzando el dormitorio. Eres más verdadera, más cierta en la penumbra. Desnuda vas, descalza. La oscuridad trepida en mi interior, ciñendo tu silueta, y me iluminas.

22. Yo canto a la mujer que desde Esparta llegó prófuga a Cádiz para dormir conmigo.

25. Amo tu biblioteca. No por lo que contiene sino por cómo has ido disponiendo –sin un orden preciso– sus huecos y omisiones como una galería de silenciosos fantasmas familiares; por lo que no hay en ella. Amo lo que no lees.

26. Mi corazón anhela con frecuencia mareas de invierno en playas de verano.

29. Seguías despierta en el amanecer. Hablábamos despacio, sin mirarnos. Fuera rezaba el mar.

30. Duermes con un silencio de hormigas indistintas, con un

rumor de líquenes al fondo de misteriosas fuentes olvidadas en calles de provincia, de vaho en los cristales. Creo intuirte en mis revelaciones. Tus párpados alfombran el abismo.

31. La forma en que te quitas el vestido mirándolo caer sobre la cama basta para fundar una galaxia.

32. La duración, el ritmo de la lluvia. Su corazón de largas avenidas y números impares. El tiempo sin Amara.

34. Somos lo que observamos: mis ojos se deleitan en la nube, en lugar de en el cielo; se abisman en la forma, en lugar de en el fondo; se obstinan en ver algo, en lugar de ver nada.

35. Eres la contraimagen de la muerte, Amara.

41. En el país de Amara los animales comen sentados a la mesa y los hombres inclinan la cabeza para beber el agua de las fuentes.

45. Este calor que late bajo el nórdico y ese fulgor de soles erguidos en el aire como columnas fálicas o sexos invertidos, ¿no son el mismo amor?

47. Mi hogar es el instante. Menos adoro el año que el minuto. Nada que yo valore se traspone más allá de sus límites. Antes de ti, no hay nada. El día acontece en esta habitación, esta provincia anexa al infinito.

53. Habíamos regresado. Teníamos frío y temblábamos bajo toallas húmedas. Algas entre los dedos, salitre en las pestañas. Nos escocía la piel y los turistas pasaban sin hablar a nuestro lado, pero no nos oían. Éramos invisibles, como piedras desnudas en la orilla que el mar iba cubriendo de algas muertas.

56. Sigue creyendo Amara en las luciérnagas y, cada vez que llora, muere una.

Josep M. Rodríguez

MATERIAL INFANCIA

*Te suplico que entres en tu vida.
Te suplico que aprendas a decir yo.*

EZRA POUND

El mundo es como un ojo
de cristal,
ni siquiera te engaña su apariencia.

Llegué a la vida para decir *yo*.
Soy un miedo feroz que huye del lobo.

(Vuelve la infancia y su mitología.)

Me gustaría creer
de nuevo
en los pecados.

Imaginar que aún hay salvación.

Lola Terol

FUEGO EN LA PLAYA

El mar
se volvió ceniciento casi negro
barrimos las cenizas
que inundaron las calles
como una gran nevada

Cenizas
que cubren con un manto
el cielo azul sobre la montaña
pavesas extenuadas se derraman
ahora cuando esperas a la luna

La noche vence a las estrellas

Bajan aguas marchitas
la orilla del mar se ha teñido
arrastra con las olas el hollín
que traza ondulados dibujos
de grisura en la arena limpia
el borde de este mar viste de luto

El humo
hilachas de negruzca tela para este duelo
a vida con las llamas

La niebla
al fondo del incendio que devora

con ansia el horizonte de color
verde o morado
como uvas en el tiempo de vendimia

Las olas
meditan nos acunan
con díscolo y alegre estruendo
se despiden

Humo niebla ola noche
cenizas mar

Naturaleza en áspera batalla
contra los elementos

Álvaro García

COMPARTIMENTO

En el compartimento se acurruca,
arrodillada animalmente adrede
para su acecho dulce en el que cede
el cabello tan suave de su nuca.

Va y viene su cabeza, que acaricio
igual que momentáneamente ciego,
despacio, con la fuerza con que el juego
está entre el amor puro y puro vicio.

La noche temblará por un instante
de pureza salvaje que se salda
con un reflejo azul sobre su espalda,
que brilla tersa en la penumbra amante.

En la penumbra del compartimento,
fuimos en un tren dulce y violento.

Joaquín Pérez Azaústre

BALADA DE RETORNO DE LA MUJER IRLANDESA

Para Carmen Azaústre Serrano,
navegando en su aurora

la melodía del aire su clamor boreal
agitar la ventana con su denso equipaje
su promesa caliente bajo el pan milenario
de tantos desayunos al tostar el raíl
vamos a demorar ese aroma cansado
en esa intimidad refugiada en la luz
una madre camina por la escuela polar
velarás otro sueño sobre ancianas baldosas
venid pasad aquí al brasero de enaguas
abierto para todos mis alumnos mis hijos
con la voz mineral de canciones lumínicas
vi nacer en posadas una araña de hielo
y sembrar la cosecha de colegios sonoros
mi madre amor mi niña ven duérmete conmigo
ahora he vuelto de roma pero pronto me iré
para estar con vosotros aún me espera el retrato
la nostalgia salina de mi conde espectral
cuentan que pasó miedo al subir la escalera
con la mano anchurosa antes de haber crecido
hoy nací soy moisés en cartillas solares
aprender a leer sin cruzar el mar rojo
cómo volveré a hacerlo planearás en torneo
por qué lloras cariño hoy ha muerto mi padre
y tú has vuelto a nacer vivirás vivirás
una cuna también soy la madre del tiempo
en la poza de lumbre con su paz visionaria
dos hermanas se ven en la casa vacía
y el espacio sonó al tirar de la puerta
aún podemos volver a habitar los balcones

con estrictos claveles pasaremos también
por la plaza desierta palmerales de agosto
quitaremos los nombres la orfandad del buzón
y podremos bailar otra vez en dublín
tras beber una pinta en el puerto industrial
quién soporta el recuerdo quién tocó su temblor
llegabas por las rutas de provincias lejanas
primavera en sevilla es otoño en madrid
maría de guzmán duerme siestas suaves
al bajar la persiana de la brasa verbal
los sobrinos del mar ya se han hecho mayores
y te esperan también al contar tus maletas
horas años fulgor crepitar del cobalto
nieve suiza en pontones asomarse a otra vida
peletería de invierno en su estado social
magisterio por qué sentenciamos la escarcha
libre del lucernario la documentación
más serena del viaje a tu propia corteza
subiremos con fe la escalera nerviosa
el verano dormido fuengirola nació
en la mesa frugal de los apartamentos
donde sólo habitó tu pirata glacial
su pegaso voló al abrir la azotea

las hamacas tendidas en su propio misterio
quién tendrá quién tocó tu sombrero de paja
el mercurio subió por los fiordos del norte
álora devolvió sus zarcillos helados
qué morenas estáis tu vestido es tan fresco
que el amor pendular de las naves de junio
no cambió tu apellido por honrosa paciencia
dignidad dignidad has hinchado mis labios
libertad libertad llena el junco y tu rostro
y limpieza quizá del abrazo de litio
libros cédulas mapas arden en el lavabo
quemaré una vez más los diplomas de abril
pasionaria tocó con su voz mi lenguaje
y después respiré las cenizas de orfeo

párpado cegador al mirarse a sí mismo
liberar el dolor con su carga funesta
el rencor no lo sé su espesura en los muebles
con su fabulación caballeros perlados en la corte del juicio
hoy la poesía social es lavar el derecho
yo también defendí a fernández del pozo
su código civil admitiendo un latido
dentro del corazón meridiano del mundo
justicia candel desolada en tu estante
mira aquí están tus libros volverás a escribirlos
antes de definir el primer despertar
sutileza también dentro del diccionario
una pastelería victor hugo palabras
discurso de abanicos estación de autobuses
pastoral en belén antes de levantarte
del temor delicado de los postres del río
y aquel secreto cíclico del agua
refulgente en la altura su caudal del salón
los paquetes del mago con su capa más roja
el niágara tendrá la fe del vistarama
tu cine en la terraza quién ha visto a zhivago
cuando vuelvas verás que cuidé tus macetas
tocaré los barrotes te traeré un lapicero
en la celda tendrás tu caricia humeante
porque el tiempo es cordial y el ayer es mañana
y ahora seré yo este coro de voces
su multiplicación por corrientes de aire

soy maestro también de relojes de cuerda
aprendiz medular del silencio abatido
y además cantaré como todos cantamos
tus guisos laborales romances de frontera
una copla piquer ojos verdes del trigo
volverás otra vez a volar en irlanda
y aquí estaremos todos quién advierte el desgarrro
nadaré seré fuerte en la danza amarilla
cómo no recordar lo que siempre tuvimos

La poesía encubierta. Cartas de Vicente Aleixandre.

OLGA RENDÓN INFANTE

No han sido pocos los críticos e intelectuales que han defendido la idea de que los epistolarios se circunscriben a la esfera de los documentos personales, que carecen de relevante interés histórico o literario y que podrían reducirse a los límites de lo anecdótico. No obstante, las cartas de cualquier autor son en sí mismas documentos que, si bien es cierto que se pueden concebir exclusivamente como escritos destinados a la privacidad de un destinatario, también podrían interpretarse como testimonios de inigualable valor para el estudio de la historia literaria, superiores a cualquier análisis que pretenda justificarlos; como una impresionante y valiosa obra, a pesar de que la intención primera de quienes redactaron esas cartas no fuera la de crear textos pretendidamente literarios. Tal es el caso de la correspondencia que Vicente Aleixandre mantuvo durante veinte años con el poeta Ricardo Molina, codirector junto a Pablo García Baena y Juan Bernier de la revista cordobesa *Cántico*.

Las cartas y postales enviadas desde la dirección de Velintonia o desde Miraflores y conservadas en el archivo familiar de Molina, no fueron escritas para su lectura pública. Aleixandre las redactó pensando que fueran leídas por un único destinatario y, a pesar de ello, las cartas desvelan sin querer la precisión del estilo de un escritor que lo es incluso cuando no ejerce como tal, cuando maneja el lenguaje sin el pulido ni el celo que entraña un texto intencionadamente literario. Son textos que reflejan un inigualable dominio del idioma y una tan esmerada limpieza y claridad en la redacción y el estilo que dan la impresión de nacer a medio camino entre la espontaneidad y la diligencia; una diligencia que obedece al compromiso firme que el poeta, por vocación, adquiere con la palabra. A su vez en estas cartas se recogen declaraciones íntimas, desnudas como confesiones, porque conversar con alguien con quien no se coincide en el espacio, escribir en esa aparente soledad, permite descubrir aquello que, quizás por pudor, no atrevería a decirse frente al otro. Las cartas se prestan a exponer con mayor tiempo, con detenimiento y precisión, las reflexiones o emociones que quedarían condicionadas a la improvisación de una charla cara a cara y facilitan una rara intimidad que, entre amigos, suple el inconveniente de la distancia geográfica. Las cartas de Vicente Aleixandre responden fielmente a ese patrón de confidencialidad.

En la remitida a Ricardo Molina el 11 de febrero de 1948, justo un mes después de cartearse por primera vez, el maestro, desde su casa de Madrid, calibra el estado en que se encuentra su amistad destacando el verbo «confesar». Ése es el destino de las amistades: llegar a la confesión, a la confianza extrema, a un abandono de los sentimientos y la palabra: «Si estuviera usted conmigo, yo le confesaría a usted, es decir, hablaríamos de usted, de su procedencia y de su destino.»¹ Así, con ese subrayado,

1 Archivo de la familia Molina. Ibiza.

puntualiza Alexandre el sentido de su correspondencia con el joven de *Cántico*. Hablar del origen y del destino de un poeta es hablar, al fin y al cabo, de su vocación literaria. El 25 de mayo le insiste:

Cuando usted se disculpa por escribirme largo me hace sonreír. ¡Pero si me gusta que me escriba así! Cuando tengo amistad no me gusta tenerla exclusivamente literaria. Me gusta ver a la persona, al amigo, y sentir que vive, y si tiene ganas de estar conmigo y se siente acompañado, como usted dice, entonces me pongo contento y efectivamente siento lo mismo y que no somos exclusivamente *amigos literarios*, que es la cosa que más odio en el mundo².

Durante esos primeros meses de 1948 la correspondencia entre ambos es frecuente. Cumpliendo con su máxima de que la poesía es en esencia comunicación, el interés de Vicente Alexandre por conocer no sólo al poeta, sino al hombre, es una constante en la correspondencia a Ricardo Molina. Las cartas acortan la distancia y la relación epistolar llega a ser cada vez más fluida e íntima. Con la cercanía en el trato nace la necesidad de tutearse. El lector, intruso espía de esta amistad epistolar, observa este tipo de detalles contagiado por la complicidad y comprueba con asombro la rapidez con la que se van estrechando lazos. Ya empiezan a tener cabida el sentido del humor, el catálogo de rutinas, las dolencias de uno, la situación laboral de otro, las lecturas y siempre, la poesía. La vida no es ajena a la obra. Interesarse por la vida del otro es pretender desentrañar a la vez el contexto de su escritura. Dar cuenta de la vida propia es, en cierta medida, desvelar un particular mundo creativo. Es entonces cuando ambos correspondientes descubren –y así lo llega a advertir con frecuencia Alexandre– que se parecen más de lo que creían. Tal como deseaba este poeta, la amistad rebasa los límites de lo estrictamente literario y los dos encuentran en ese espacio de soledad compartida una nueva fórmula para fortalecer la relación. El 18 de marzo, apenas tres meses después de conocerse, ya le escribe a su amigo de Córdoba: «Usted está cerca de mí en muchas cosas.»³

En esta extensa carta, reveladora de principio a fin, se confunde lo vital con lo literario. Alexandre se abandona y comparte con Ricardo Molina reflexiones e impresiones íntimas magistralmente expuestas sobre su manera de entender la fe, el amor, la culpa, el deseo, la insatisfacción o la desesperanza. Continúa la carta:

Usted tiene dentro un rayo que continuamente le habita. Llama esplendente. Ojos corneados. Pero el sufrimiento vital le ha desposado a usted con un sentimiento místico. En mí, como dijo Salinas, la mística no tiene esperanza. Allá en el fondo es «la desesperación humana sin salida.»⁴

2 *Ídem.*

3 *Ídem.*

4 «El místico, en su afán de fundirse con lo exterior, busca su orden. Aquí la poesía se sumerge en el intrincado desorden con que el mundo se aparece y duele al que no le contempla dominado por una esencia ordenadora de origen divino. En la poesía de Alexandre la sensualidad cósmica está sirviendo a la desesperación humana, sin salida». Pedro Salinas *Literatura española. Siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1941. Pág. 15.

Como si estuviese profanando un recinto sagrado, el lector que comparte estas confidencias asiste a la maravilla de las palabras de Aleixandre que, al tratar de explicarse a sí mismo ante su amigo, explica a la vez su poesía:

Dice usted que soy pagano. Pues creo que, en cierto modo, sí. Pero de un paganismo trágico. La vida es terrible y... hermosa, y no tiene descanso. Yo me entrego con furiosidad, me absorbo y me destruyo, y deseo la aniquilación, en el éxtasis, para no despertar. Porque todo despertar es desolación. La hermosura del mundo es irresistible, pero la existencia individual es un destierro de esa enajenada comunicación en que yo viviría. Y de la que solo el amor me da su remedo. Su remedo, no por falta de intensidad, sino por la limitación de su sino. Yo soy mucho más que un hombre, pero no soy más que un hombre. Abordo como un titán, pero tengo la flaqueza de un hombre. Y hay veces que no puedo vivir. En el amor, por ejemplo, mi capacidad de sufrimiento es espantosa. Yo nací para la felicidad.⁵

Aleixandre aprovecha la correspondencia para teorizar acerca de su propia creación. En este sentido podríamos asegurar que sus cartas constituyen una magnífica glosa a su poesía. Detalla en ellas cómo siente el amor como una fuerza destructiva y a la vez sublime, cómo concibe el éxtasis como aspiración suprema de su alma y cómo presente al hombre como un ser destinado al sufrimiento lo mismo que a la belleza. Leer estas líneas, que no pensaban ir más allá de los ojos de su destinatario exclusivo, se convierte en un medio imprescindible para conocer la profundidad que encierra su obra poética. La confianza y la desnudez con la que ambos escritores hablan sobre temas diversos—desde el amor como instigador de la vida, hasta la experiencia dolorosa de las limitaciones humanas—son un cauce abierto al intercambio de experiencias poéticas y vitales, en las que no se queda fuera el plano religioso. En esa misma carta continúa:

Usted me habla de Dios, de su amor. La mística del amor que hay en mí no se polariza en un nombre, porque la enorme religiosidad de mi poesía se sume en el grito del hombre desterrado de su destino de gloria. El amor... Usted lo ve: todo el mundo poético mío está vivificado por el amor. ¿Qué soy yo si no soy amor? Pero sin mí los sentidos (mis ojos, mis oídos, mi doloroso tacto, mi caricia incesante) son alma, alma: espíritu puro. Todo es espíritu. Yo no puedo despreciar la materia sensible, que veo siempre rafagueada de alma. Un árbol, por ejemplo, me parece un agolpamiento espiritual sorprendente. Celebración del indivisible espíritu.⁶

La mística del amor. La materia y la esencia, el cuerpo y el alma. Este deslumbrante acto de sinceridad hacia el otro, descubriéndose a través de las cartas, es uno de los valores fundamentales del epistolario que, por su naturaleza confesional e íntima, se convierte en instrumento para reflexionar sobre un aspecto tan inefable como la mística del cuerpo, de innegable eco cernudiano, y así continúa la carta:

5 Archivo de la familia Molina. Ibiza.

6 *Ídem*.

Y un cuerpo hermoso me sorprende como si fuera el ademán del alma. El alma misma. Es el alma que se expresa; se hace visible. Y en el rapto amoroso verídico jamás duda de que el alma es el cuerpo. Cuando los enajenados se unen con sus cuerpos, es que anhelan enlazar sus almas: ellas son las que se están enlazando. Las almas, solo las almas, por su misterioso lenguaje invisible.⁷

Los dos poetas se parecen mucho. Ya apuntamos que ellos mismos lo reconocen en continuas ocasiones. El apasionamiento vital es común, la entrega amorosa es idéntica; sin embargo, la mayor diferencia entre ambos es que el autor de *La destrucción o el amor* no alcanza la plenitud; ansía el éxtasis pero muere en él. El amor tal como él lo vive es un arma aniquiladora que destruye por agotamiento, por fuerza en sí misma. En cambio, Molina ama apasionadamente, pero el amor le infunde vida, le eleva a un estado casi místico, «mistiano», tal como lo describe en esta carta; neologismo improvisado por Aleixandre para expresar esa paradoja tan particular de Molina que caracterizó tanto su poesía como su vida: unión de exultante goce místico con rigurosos deberes cristianos. El amor y el deseo van parejos en las cartas a los conceptos de culpa o de Dios. Leemos sus cartas privadas enviadas a Molina y nos parece oír, con su voz pausada pero firme, digresiones lúcidas a la vez que desgarradas sobre la plenitud, el éxtasis amoroso o religioso, la infinitud de la felicidad y del sufrimiento, la limitación del conocimiento sobre el ser humano y su destino... En definitiva, los temas centrales de su poética hasta la década de los cincuenta. Le confiesa en esta misma carta del 18 de marzo de 1948:

No sé si algún día me pasará eso que usted dice: el amor al Dios personal y remoto como polo de todos mis fuegos. Es difícil, precisamente por la actitud profundamente religiosa que es ya mi existir. Todo mi alentar es ya religión, aunque yo lo ignore todo sobre el destino humano. Si yo todo el poder de mi amor lo lanzase a la idea de Dios, si me fuera posible, creo que lograría la dicha. Porque yo amo de un modo que sólo Dios podrá satisfacer. En lo humano jamás hallé descanso. Yo podría decir: «Un largo sufrimiento, con ráfagas de felicidad».⁸ Creo que sólo Dios me daría *la dicha sin bordes*. Sólo Él, por mucha que fuera mi sed, tendría amor suficiente; a más sed, más amor. En la vida, esto no lo hallé nunca; sólo a ráfagas. Y sin embargo, conozco mis límites, jamás me enamoré de Dios, sino de sus criaturas. Pero les pedí el amor que se pediría a un Dios, y eso es imposible⁹.

A este respecto convendría recordar el estudio de su compañero de generación Pedro Salinas «Vicente Aleixandre entre la destrucción y el amor» escrito a propósito de la publicación de esta obra en 1935. En él defiende la naturaleza romántica de la poética de Aleixandre, fundada en la idea de que los protagonistas de la pasión amorosa «son consumidos por la misma fuerza que crearon».¹⁰ Así mismo, su también amigo y

7 *Ídem*.

8 «¿Cuál es para un romántico la realidad de la existencia, abrumadoramente presente, entre vagos destellos de felicidad fugitiva, que por su contraste la hacen más heredita aún? El dolor.» Pedro Salinas, *Op. Cit.* 1941.

9 Archivo de la familia Molina. Ibiza.

10 Pedro Salina. *Opus. Cit.*

compañero de grupo Dámaso Alonso encuentra en la obra de Aleixandre la huella de los místicos españoles en ese destino ansiado de unirse y fundirse con la criatura amada, sólo que el misticismo de Aleixandre es, en palabras suyas, un «misticismo panteísta».¹¹ La fusión amorosa se ansía no con el alma sino con el cuerpo, y más allá aspira a una unidad amorosa con el mundo, con la naturaleza. Es evidente que el poeta de Velintonia refrenda en esta carta los juicios críticos de sus compañeros de generación.

Por otra parte, Aleixandre tampoco deja pasar la oportunidad de comentar los poemas que Molina, confiando en el sentido crítico de su maestro, le había ido enviando. El joven de *Cántico* le da a leer algunas de sus *Elegías de Sandua* y a través de las opiniones que vierte sobre las mismas se observa cómo Aleixandre supo reconocer la calidad y la madurez inusitada en un poeta hasta hacía poco totalmente desconocido y en apariencia inexperto. La juventud del poeta cordobés —no reñida con la experiencia— llevaba para Aleixandre valores añadidos como el candor, la inocencia, la frescura y una capacidad de entusiasmo y ensimismamiento con la naturaleza circundante. Molina representa, a ojos del maestro, al poeta adánico y puro, cantor de la arcadia primigenia, alejado del tono quejumbroso y desgarrado de la poesía social de la época. Estamos a finales de los años cuarenta y el autor de *Historia del corazón* está componiendo muchos de los poemas que formarán parte de este libro emblemático que marcará una nueva etapa en su trayectoria poética, una etapa en la que el ser humano, a pesar de seguir siendo una criatura desvalida, siente en sí la fuerza de los otros. Aleixandre postula la tesis de que los poetas de aquellos preludios de los cincuenta debían buscar el difícil equilibrio entre la dolorosa experiencia humana y la inocencia del canto primero. Le escribe:

Estoy cansado de los que lo perdieron todo o no lo tuvieron nunca: de los que no pueden reflejar en su piel, como en su alma, la nube y la luz, la flor y la pena: el conocimiento y el candor último, el primero, el que el verdadero poeta no perderá nunca hasta su propia muerte. El poeta es inocencia y sabiduría. La infinita tristeza, la cólera, el hondo conocimiento no borran, no, la irización primaria, y ay del poeta que tendido entre todas las flores que usted cita en sus elegías no siente su rumor navegándole el alma, hermanándole el alma, con su misterioso color, con su propagadora armonía, con todos los dolorosos contrastes que puedan estar implícitos en el rendimiento¹².

En definitiva, estas cartas son un testimonio irrefutable de hasta qué punto Aleixandre usó el lenguaje poético para comunicarse incluso en el terreno restringido de la correspondencia íntima. En ella la poesía, velada y encubierta bajo una aparente cotidianidad doméstica, espera preparada para asaltar la sensibilidad, no sólo de Ricardo Molina, aquel destinatario único, sino de quien quiera que se acerque a estas cartas, en las que el maestro, en plena efervescencia creadora, alcanza sin esfuerzo un admirable vuelo poético mientras desentraña para nosotros el don prodigioso de su poesía.

11 Dámaso Alonso: «La destrucción o el amor», *Revista de Occidente*, CXVII, Madrid, junio de 1935.

12 Archivo de la familia Molina. Ibiza.

R E S
E Ñ A
S

Un poeta virtuoso

JUAN CARLOS ABRIL

Abraham Gragera.

El tiempo menos solo

Pre-Textos, col. La Cruz del Sur, 2012.

Premio El Ojo Crítico de Poesía 2013.

Con *Adiós a la época de los grandes caracteres*, publicado en 2005 en Pre-Textos, Abraham Gragera (Madrid, 1973, aunque criado en Extremadura) levantó grandes expectativas, un gran primer libro que había dado a la imprenta a los 32 años, si bien no era lo primero que escribía, y que ahora, con *El tiempo menos solo*, aparecido a finales de 2012, confirma lo que ya se anticipó allí: estamos ante una voz indiscutible en la poesía española contemporánea. Nos hallamos ante una consolidación, unas expectativas confirmadas y una poesía de alto voltaje estético y gran exigencia estilística. Si su ópera prima nos descubrió a un poeta importante, ahora con esta segunda obra se nos muestra un autor ya necesario.

Antes que nada hay que decir que concebimos la obra de arte como una estructura en la noción bajtiniana del término, ensamblando forma y contenido en un engranaje conectado. No se puede hablar de una sin repercusión en el otro, ni de otras características ajenas a otros niveles. Cualquier cambio se puede detectar en un análisis genético. Por tanto, cuando hablamos de forma queremos también hacer extensivas nuestras consideraciones al contenido, si bien es cierto que necesitaríamos de más espacio para explicar sus claves, que en algún caso vamos también dejando apuntadas: el calado filosófico o la intensidad lírica, fruto de ciertos guiños elegiacos, y la complejidad o riqueza del conjunto, la variedad temática o despliegue verbal... Esperamos no obstante que resulte explicativa esta visión de *El tiempo solo* que necesitará una lectura ulterior que revise estos planteamientos liminares con lupa.

Sea como fuere, la formación integral de Gragera, licenciado en Bellas Artes, que a la vez de poeta es pintor, músico, dibujante, diseñador, escultor, etcétera, nos pone delante a un artista humanista que en sus poemas muestra amplios saberes sobre los tratados de retórica, la historia

de la literatura, las cualidades fonéticas de un verso, o sobre los trasvases y simbiosis dimensionales de la obra artística. De hecho, quizá la primera impresión del libro sea esa, la de un virtuosismo técnico poco usual hoy día. *El tiempo menos solo* plantea desde su título una preocupación temporal que viene con una inquietud existencial, la del hombre frente al tiempo, la eternidad o universalidad del mundo. «Porque en nuestro futuro no hay memoria / y somos el futuro de todo lo que está a nuestras espaldas» (p. 12), nos dirá en dos versos con los que concluye «Los años mudos» (pp. 11-12), el poema inicial.

El título aparece en «La poesía» (pp. 16-17): «si esta nostalgia de los propios rasgos, / que enciende el aire del amanecer, / hace al tiempo sentirse menos solo» (p. 17). Un espléndido poema en cuartetos blancos, en el que se desdobra el amor a la poesía en un diálogo con un tú amoroso en el que no se sabe bien, ni se pretende, qué o quién es el objeto amado. Ese «nosotros» resultante será una constante importante en el poemario, y podemos rastrearlo en «Diciembre» (pp. 14-15), el ya citado «Los años mudos», «Nuestros nombres» (pp. 21-22), y otros muchos. Este «nosotros» es una presencia con todos sus ángulos y connotaciones. Tú y yo que «se reconocen en la duda / de reencontrarse en la desnuda / verdad del otro [...]» (p. 47), creando un espacio de encuentro dialógico, una fusión o crisol, un refugio frente al tiempo o, mejor dicho, acompañándole. Al disolverse en el amor las individualidades se accede a un sentido de lo colectivo. Pero sin ingenuidades, ya que esos dos cuerpos que dialogan en el amor, disolviéndose en uno solo, recuerdan a «los que desaparecen en la niebla» (p. 50). La preocupación temporal unida al recuerdo, el cual sólo se concibe como imaginario y conciencia colectiva, en tanto que memoria (pero también nostalgia y melancolía) estarán también muy presentes: «Leo de noche a los grandes poetas que escribieron desde el después de cualquier cosa / para dormirme pensando que al abrir los ojos las cosas nos recordarán» (de «Obedecí», p. 34). Estar después significa estar en la creación, el poeta concentrado en su tarea de desentrañar del mundo un puñado de verdades —poéticamente hablando.

Al examinar poemas como «La novia judía (Rembrandt)» (pp. 46-47), un ejercicio de maldabares en torno a la décima espinela, con cinco

décimas en las que se juega con las asonancias para, en la última estrofa, dejarnos una nota «discordante»: en vez de rimar el verso en -dad, acaba en -dez (en vez de «calidez» podría haber escrito, obviamente, «calidad»). Pero no es un descuido y es, por supuesto, una nota de maestría en la que el autor exhibe las cartas de su praxis retórica y métrica en libertad, jugando sabiamente con un conocimiento riguroso de la tradición. Por otro lado, «Los insomnes» (pp. 49-50), el poema con el que acaba el libro, es una sextina.

Sin ser exhaustivos a la hora de citar y analizar todos los poemas, la perfección formal de las estructuras ensayadas, desde los versículos brillantes con influencia de Ashbery, que tanto nos habían impresionado en su anterior libro, de «Los años mudos», «Diciembre», «Nuestros nombres», «Viejas plegarias atenienses» (pp. 35-36), y «Remoto figurado» (pp. 42-44), hasta las nueve estrofas de nueve versos de «La oveja» (pp. 25-33), pasando por las rimas asonantes de «Albada» (p. 48), que imitan la canción medieval, u otras estrofas creadas para la ocasión, adaptadas a las necesidades del poeta, que hace y deshace a su antojo, podemos observar cómo durante *El tiempo menos solo* se alterna con criterio ejemplar el diálogo entre tradición y vanguardia. Muchas veces, como en «Diciembre» o en «A la altura, a medida» (p. 38), se encubren adrede los versos medidos, las estrofas, en una disposición típica del poema en prosa, y que funciona eficazmente, ya que le da sentido al texto al margen de la verticalidad versal. El lenguaje coloquial, por cierto, se actualiza en el ínterin de una prosodia milimetrada, con referencias culturalistas de diversas estirpes y procedencias, junto a esa percepción compositiva, densa y global que adquieren los textos, en una muy estudiada y calculada rítmica, obligándonos a la relectura para detectar así toda su riqueza. No por casualidad en este libro el poeta prescinde de puntuación en algunos poemas, como en «La oveja», rompiendo con la sintaxis lógica en algunos otros casos, la transitividad o la reflexión en algunas articulaciones verbales.

Sin duda que podríamos seguir enumerando más aspectos sobresalientes de un poemario que a todas luces podemos calificar como excelente. Aspectos que hemos señalado aquí y por los que hemos tenido que dejar de lado otras cualidades del libro, textuales, pragmáticas, semánticas, her-

menéuticas, epistémicas, aunque hemos apuntado algunas. Se trata de uno de los libros más importantes de los últimos años, y a buen seguro seguirá dando que hablar.

Auden, lector

CARLOS ALCORTA

W. H. Auden.

El arte de leer. Ensayos.

Edición a cargo de Andreu Jaume.

Trad. de Juan Antonio Montiel Rodríguez.

Lumen, 2013.

Con el título de *El arte de leer* se presenta al lector en español una recopilación de los ensayos que W. H. Auden publicó a partir de los años cuarenta del pasado siglo en Estados Unidos, país al que se trasladó en 1939 fascinado por el modo de vida americano (aunque muy puritano, tal vez más despreciado y liberal en la esfera íntima), obviando el éxito del que ya gozaba en su país, lo que no evitó, sin embargo, que fuera objeto de furibundas críticas en las que se le acusó de cobarde o traidor por abandonar un país que estaba a punto de entrar en guerra, todo ello pese a que Inglaterra todavía tardaría unos meses en participar en el conflicto y a que Auden no perdió el contacto intelectual, porque casi de inmediato envió poemas a revistas como *Horizon* o *New Writing*, pero todos sabemos qué cotas de ignominia se pueden alcanzar espoleando los bajos instintos.

La mayoría de los ensayos pertenecen a libros como *La mano del teñidor* (Adriana Hidalgo editora, 1999) y *Prólogos y epílogos* (Península, 2003) y han sido editados, precedidos por un magnífico «Prólogo», por Andreu Jaume —autor también de *La aventura sin fin*, una selección de ensayos de T. S. Eliot, publicado en 2011 por la misma editorial, Lumen—. El traductor, en ambos casos, es Juan Antonio Montiel Rodríguez, que cumple con fidelidad y rigor la labor de ponerlos a nuestra disposición.

Sin duda, debemos celebrar la publicación de un libro como éste, porque el Auden ensayista, quien, según escribe Jaume, «reformuló el estatuto público del poeta para salir a enfrentarse a su tiem-

po con la mayor ambición y sin ningún complejo de inferioridad», no goza de una consideración semejante a la de poeta (la publicación de su primer libro, *Poems*, en 1930, le confirió un prestigio inmediato en la poesía inglesa. Apareció una reseña en el *Daily Express* titulada elogiosamente «Atención a Auden»). Una parte de la crítica parece obviar el alcance de estos ensayos, poniendo en duda su especial significación histórica y considerándolos, en muchos casos, como una secuela de los ensayos de Eliot, lo que entra en flagrante contradicción con lo que pensaba el poeta y premio Nobel Joseph Brodsky, quien consideraba a Auden, tal vez exageradamente, «la mayor inteligencia del siglo XX».

Tanto en los ensayos que dedica a la escritura como en aquellos en los que el protagonista es un autor—Lawrence, Marianne Moore, Poe o Cavafis, por ejemplo—, Auden defiende la idea de la independencia del poema con respecto de su creador, la autonomía del verso con respecto de la biografía, una objetividad que no padezca el lastre de la arbitrariedad emocional, algo que parece heredar del New Criticism norteamericano; sin embargo, aunque teñido por un lenguaje simbólico y deliberadamente ambiguo, él no dejó de narrar aspectos y acontecimientos de su vida en el poema porque, al fin y a la postre, el poema es una especie de autorretrato del autor y el protagonista del poema, aunque no refleje fielmente la vida del poeta, inevitablemente proyecta ante el lector fragmentos, más o menos enmascarados, de su propia vida. Por esta razón, cuando escribe sobre otro autor, cuando rebate o afirma la estética que sustenta sus respectivas obras, no hace otra cosa que reafirmar o corregir sus propias ideas estéticas, expuestas de manera práctica en el poema. Especialmente emocionante es el ensayo «Los griegos y nosotros». Todo aquel, viene a decirnos, que haya estudiado la cultura de la Grecia y la Roma clásicas jamás podrá sustraerse a esa benéfica influencia. «El vínculo emocional» que le une a Grecia a través de Homero, de Sófocles, de Aristófanes o Pericles adquirido en la infancia no ha hecho más que fortalecerse con el paso de los años (gracias a la Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides explica la decadencia de su tiempo, por eso se lamenta—y estamos en 1948—de que «Los tiempos en que los estudios clásicos ocupaban el centro de la enseñanza superior han pasado a mejor vida».

El último de los textos del volumen, «Fragmentos de conversación», es fruto de las notas que el poeta Alan Ansen tomó mientras conversaba con Auden. Nos muestran a un hombre desencantado pero dichoso, escéptico en el sentido que le daba Santayana al concepto («El escepticismo es la castidad del intelecto»), irónico y apasionado, subversivo en sus juicios, autocrítico y severo, dueño de una extraordinaria erudición que, sin embargo, administra con rigor y mesura. En *El arte de leer* es un libro de lectura obligatoria para cualquier lector interesado en la poesía. No hay excusa para ignorarlo.

Ingrata medición del periférico

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MORÁN

Paz Cornejo.

Desaires metropolitanos.

El Gaviero, 2013.

Acostumbra la literatura a mitificar el viaje. Acude a los libros, y los libros cantarán al héroe y sus periplos; acude a los libros, y los libros te ofrecerán una vía de escape, una ruta directa a la constelación más lejana, jamás hollada. Salvo en el caso de *Desaires metropolitanos*, de Paz Cornejo: en cuanto lo abras percibirás el vértigo infinito del espejo; podría ser su voz la tuya, y de hecho, lo es: murmuras con ella día tras día. No hay fanfarrias ni anagnórisis épicas (a lo sumo el pitido de apertura y cierre de puertas del cercanías) a las siete de la mañana. No se despliegan las calles a tu paso: el torniquete lo recuerda en cada trayecto.

Al periférico quieren hacerle creer, ante todo, como encabezamiento de una larga lista de ingratitudes, en la realidad absoluta de un centro: Ítaca de un millón de máscaras, meta de las baldosas amarillas; pero cuando parece que el camino termina, el péndulo revela un centro ya desinflado, o en mudanza, o en alquiler o venta, o, sin más rodeos, falso. La estampa de lo cotidiano es masiva, pero a un tiempo, exactamente microscópica: «Me mirarás y no encontrarás nada interesante», declara el arranque de «Primeras impresiones» (p. 14). La infancia se desdibuja en retratos de asfal-

to, el paraíso no es perdido, porque ni siquiera se poseyó (así, por ejemplo las lúcidas hermanas de «Jardín de infancia preindustrial», p. 17).

El poemario se divide en tres secciones. A lo largo de «Estación de origen», el conjunto inicial, las primeras impresiones de la periferia van adquiriendo carta de naturaleza, se perfilan en el horizonte como un esquema plagado de mordiscos, cascotes y tierras de nadie. Sobre la piel del habitante de la periferia, tatuajes de polígonos industriales («Territorio comanche», p. 29); despertadores acordados en el albor de las cosas, en un Big Bang renuente, en absoluto glorioso («Los que empiezan el mundo», p. 28); vidas fuera del plano fotográfico estereotipado del turismo («Holidays», p. 22: «No somos típicos. / No encajamos en la oferta gastronómica»). En segundo lugar, «Es necesario poseer título de transporte válido» apuntala una idea que ya se perfilaba en la primera parte del libro: nuestra identidad es la del billete; nos late sangre de distancia, extrañamiento e inercia pendular: «Identidad mensual / canjeable por rutina» (p. 35). De estos materiales surge la contundente poética de Paz Cornejo, plasmada en «Ego poético», que concluye con el esclarecedor «Y, / eso, / a nadie le interesa». Por último, «Final de trayecto» habla sin romanticismos, pero con una honestidad a prueba de bombas, de Madrid: galería de cloacas y hospitales, crisálida de coches en llamas y felicidades de hipermercado. En «Elige» (p.53) la libertad de nuestros estantes aparece como lo que es: un insuperable artificio de mercadotecnia.

Ha tardado mucho Paz Cornejo en publicar su primer libro, pero en modo alguno ha tardado demasiado. Por una parte, por mucho que esperásemos, y casi desesperásemos, todos sabíamos que nada es más difícil, nada entra más de lleno en el terreno de la conjetura, que el trazado de fronteras para la periferia; así, Cornejo ha realizado en nuestro nombre una titánica labor de agrimensura, tan insatisfactoria e inconclusa siempre para el autor (que no para el lector) como la del mismísimo K. Por otro, y ese es un acierto fundamental del libro, estos años han enriquecido de polifonía la voz de la autora, le han permitido hablar, en directísima primera persona y en un sobrecogedor canon, desde la infancia, la adolescencia y las primeras juventudes.

Un verso de *Las afueras* de Pablo García Casado sirve de lema explícito para el libro: «estar

en las afueras también es estar dentro». *Desaires metropolitanos*, un poemario fundamental, que con justicia tendría que convertirse, como lo hizo la obra de García Casado, en piedra angular de la sensibilidad de toda una generación, sin duda sube la apuesta al contestar con una desasosegadora lista de preguntas: estamos dentro, sí, ¿pero dentro de qué? ¿Por qué y hasta cuándo? ¿Y con qué permiso?

Una vibración colectiva

TONI MONTESINOS

Blas de Otero.

Obra completa (1935-1977).

Galaxia Gutenberg, 2013.

Qué tarde ha llegado pero qué gran novedad la de tener la poesía y prosa completas de un escritor mayúsculo. Aun considerando que lo verdaderamente nuevo fue la aparición de *Hojas de Madrid con La galerna* (1968-1977), un extraordinario pentagrama literario en donde se escuchaba el latido de Blas de Otero con una intensidad inolvidable. Allí, hombre y escritor se unían para desarrollar un diario de experiencias y visiones en forma de poemas que ya se conocían (145 de ellos) o directamente inéditos (161). Destaco ese libro publicado en 2010 porque, viéndolo ahora junto al resto de sus poemarios, todavía lo considero lo más audaz de una trayectoria tan maltratada por la censura y por un cierto olvido por parte de sus colegas.

El machadianamente *bueno* de Otero apartaba en él al Dios al que se dirigía antaño para expresarle las crueldades del mundo, aunque seguía remitiéndose a sus preocupaciones de siempre: España, la identidad del hombre, el dolor de las guerras, y continuaba encariñado con los autores que tanto le influyeron: el Romancero y el Cancionero, Fray Luis y Quevedo, Rosalía de Castro y Machado, Whitman y Vallejo. El tándem habitual que se encarga de editar su obra, Mario Hernández y Sabina de la Cruz, nos proporcionan por fin los libros oterianos en su versión íntegra, caso de *Poesía e historia*, o directamente inéditos, como las prosas de *Historia (casi) de mi vida* y de las *Nuevas historias fingidas y verdaderas*. Asimismo, se ha deci-

dido colocar, pese a resultar redundante de cara al lector pero respetuoso de cara al autor bilbaíno, los libros *Ángel fieramente humano* y *Redoble de conciencia* pese a que *Ancia* agrupaba la mayoría de los poemas incluidos en los dos anteriores. A todo ello se añadirían otras secciones complementarias para redondear lo que en absoluto conocíamos de aquel que se jactó de hablar claro, *En castellano*, como reza uno de sus títulos más representativos: una con poemas que jamás pertenecieron a ningún libro y que no revisten mucho interés, a mi juicio; otra con traducciones de siete poetas, entre las que destaca la de un poema del turco que tanto admiraba, Nâzim Hikmet, y una última muy buena con entrevistas con periodistas extranjeros y españoles.

Un tomo definitivo, de casi mil trescientas páginas, al que no se le escapa nada y que mete a Otero en un presente que es calco de su ayer, pues sus inquietudes políticas, sociales, humanas no han cambiado un ápice desde su muerte, en 1979. De ahí que sea el más profundo y cercano a la vez de todos cuantos han escrito poesía en las últimas décadas en esto *Que trata de España*. Pues no en vano, como dijo en una entrevista, pretendió fundir dos aspectos: lo existencial y lo sociohistórico, para dirigirse, dándole la vuelta al acerbo juanramoniano, «a la inmensa mayoría», dedicándose a los temas «que hacen sentir una vibración colectiva», aquellos que «interesan vivamente al hombre de carne y hueso de hoy». Y este hoy suyo cuando su voz estaba viva es el hoy de hoy: el legado mayor al que puede aspirar cualquier poeta.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

JUAN CARLOS ABRIL (Los Villares, Jaén, 1974) es doctor en Literatura Española por la Universidad de Granada, donde ejerce la docencia. Poeta, ha publicado *Un intruso nos somete* (1997), *El laberinto azul* (2001) y *Crisis* (2007). Dirige la revista *Paraíso*. • **JESÚS AGUADO** (1961) es autor, entre otros, de los libros *Los amores imposibles* (Premio Hiperión, 1990), *Libro de homenajes* (1993), *El fugitivo* (1998), *Los poemas de Vikram Babu* (2000), *Heridas* (2004), *Mendigo* (2008), *El fugitivo. Poesía reunida* (2011) y *La insomne. Antología esencial* (2013). • **MARÍA ALCANTARILLA** (Sevilla, 1983) ha trabajado en arte audiovisual, pintura y fotografía. Como poeta, es autora de plaquettes y del libro *El Motivo es lo de menos* (2008). En 2013 ha resultado ganadora del I Premio de Poesía Multimedia Poemad. • **CARLOS ALCORTA** (1959) ha publicado, entre otros, los libros de poemas *Compás de Espera* (2001), *Trama* (2003), *Sutura* (2007) *Sol de Resurrección* (2009) y *Vistas y panoramas* (2013). Ejerce la crítica literaria y artística en diversos medios de comunicación. • **HILARIO BARRERO** (Toledo, 1946) vive en Nueva York desde 1978. Doctor por la Universidad de la Ciudad de Nueva York, donde es profesor, ha enseñado en la de Princeton. *Nueva York a diario* es el último volumen de sus diarios. Próximas publicaciones: una antología del poeta Donald Hall, y *Tinta china*, un libro de haikus. • **FRANCISCO BARRIONUEVO** (Sevilla, 1943) es arquitecto de profesión, y desde hace un par de lustros poeta, con una amplia obra aún inédita. Fue incluido en la antología *Tres poetas sevillanos* (2012). • **SUSANA BENET** (Valencia, 1950). Tras haber publicado tres libros de haikus, *Faro del bosque* (2006), *Lluvia menuda* (2007) y *Huellas de escarabajo* (2011), acaba de publicar la colección de poemas *La durmiente* (2013), así como la antología de haikus *Un viejo estanque* (2013), en colaboración con Frutos Soriano. • **JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA** (Cádiz, 1963) es poeta, narrador y diarista. Sus últimos libros son: *Ronda de Madrid* (2011), novela que cierra su «trilogía de la Transición», *La novela de K.* (2013), última entrega de sus diarios, y *Panorama y perfil*, Premio Unicaja de Poesía 2013 (en prensa). • **FELIPE BENÍTEZ REYES** (Rota, 1960) es autor de una amplia obra en prosa y verso que le ha valido premios como el Nadal, el Loewe, el de la Crítica o el Nacional de Literatura. Sus más recientes títulos son el libro de poesía *Las identidades* (2012) y la colección de relatos *Cada cual y lo extraño* (2013). • **PIEDAD BONNETT** (Amalfi, Antioquia, 1951). Ha publicado cuatro novelas y ocho libros de poemas, el último de los cuales es *Explicaciones no pedidas* (Premio Casa de América de poesía americana, 2011). Su más reciente libro es *Lo que no tiene nombre* (2013). • **BEN CLARK** (Ibiza, 1984). Ha publicado *Los hijos de los hijos de la ira* (Premio Hiperión, 2006) y *Basura* (2011). Entre sus traducciones destacan la *Poesía Completa* de Edward Thomas y la antología *Tengo una cita con la Muerte (Poetas muertos en la Gran Guerra)*. En primavera de 2014 aparecerá su libro *Los últimos perros de Shackleton*. • **PABLO FIDALGO LAREO** (Vigo, 1984). Ha publicado los libros *La educación física* (2010), *La retirada* (Premio Injuve, 2012) y *Mis padres: Romeo y Julieta* (2013). • **TRINIDAD GAN** es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Accésit en los Premios del Tren en 2009, sus últimos poemarios publicados son *Fin de Fuga*, Premio Ciudad de Cáceres (2008), y *Caja de fotos*, Premio Surcos de Poesía (2009). • **ÁLVARO GARCÍA** (Málaga, 1965). Después del ciclo de tres poemas largos completado con *Canción en blanco* (premio Loewe y elegido por *El Cultural* «mejor libro de poesía en español 2012»), en abril de 2014 publicará *Ser sin sitio*. • **JOSÉ MARÍA JURADO** nació en Sevilla en 1974 y es ingeniero de Telecomunicaciones. Su libro de poesía más reciente es *Una copa de Haendel* (2013). En el blog *lacolumnatoscana.blogspot.com* escribe notas sobre arte y literatura. • **JUAN LAMILLAR** (Sevilla, 1957). Poeta y crítico literario. Sus últimos libros publicados son *La hora secreta* (2008) y *Entretiempos* (2009). Aparecerá en breve *Música de cámara*, con sus poemas dedicados a la fotografía. • **JUAN MANUEL MACÍAS** (Cartagena, 1970). Es autor de los poemarios *Azul de enero* (2003), *Tránsito* (2011) y

Cantigas y cárceles (2011). Ha traducido las poesías de Safo (2007) y el poemario de María Polydouri *Los trinos que se extinguen* (2013). • **PILAR MÁRQUEZ**, profesora de Lengua y Literatura en la Universidad de Sevilla, C. U. de Cádiz y Enseñanza Media, ha publicado poemas, obras y trabajos de investigación en revistas especializadas. • **ERIKA MARTÍNEZ** (1979) ha publicado los libros *Color carne* (2009, Premio de Poesía Radio Nacional de España), *Lenguaraz* (2011) y *El falso techo* (2013, escogido entre los cinco mejores poemarios del año por los críticos de *El Cultural*). • **FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MORÁN** (Madrid, 1981). Doctor en Literatura Comparada, poeta (entre otros títulos, *Tras la puerta tapiada*, Premio Hiperión de Poesía en 2009, y *Obligación*, 2013), narrador (*Peligro de vida*, 2010), crítico (colaborador de numerosas publicaciones, como *Quimera* y *Paraíso*) y ensayista (*Crónica digital de Carlos Grande*, 2013). • **LOLA MASCARELL** (Valencia, 1979), periodista y profesora, dirigió el Taller de Narrativa de la Universidad Politécnica de Valencia. Es autora de los poemarios *Mecánica del prodigio* (2010) y *Mientras la luz* (2013), Premio de Poesía Emilio Prados. • **TONI MONTESINOS** (Barcelona, 1972) es crítico literario, novelista, poeta, ensayista. Entre sus últimos libros, se encuentran *La pasión incontenible. Éxito y rabia en la narrativa norteamericana* y *Diario del poeta isleño* (ambos del año 2013). • **JOSÉ LUIS MORANTE** (El Bohodón, Ávila, 1956) es autor de siete poemarios, representados en la antología *Mapa de ruta*; su último libro de poesía es *Ninguna parte* (2013). Practica otros géneros como el diario, el aforismo o la crítica. Prepara un estudio crítico sobre Eloy Sánchez Rosillo. • **MANUEL MOYA** (Fuenteheridos, 1960), es autor de poemarios como *La posesión del humo* (1997), con el heterónimo Violeta C. Rangel, *Interior con islas* (2006), o *Apuntes del natural* (2013). Traductor y editor de obras psooanas, ha publicado también cuatro novelas, la última de las cuales, *Las cenizas de abril*, es Premio Quiñones. • **JOSEFA PARRA**, poeta jerezana, trabaja en la Fundación Caballero Bonald y es subdirectora de la revista *Campo de Agramante*. Premio de Poesía Loewe a la Creación Joven 1995 y Premio de Poesía Unicaja 2006. Su más reciente poemario es *Materia combustible* (2013) • **JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE** (Córdoba, 1976) ha publicado novelas y libros de poemas, entre los que destacan *Una interpretación* (Premio Adonáis, 2001), *Las Ollerías* (Premio Loewe, 2011) y *Vida y leyenda del jinete eléctrico* (Premio Jaime Gil de Biedma, 2013). Ha dirigido en 2012 y 2013 el festival Cosmopoética. • **ANTONIO PRAENA** (Granada, 1973) ha publicado *Humo verde* (Accésit Premio Víctor Jara, 2003), *Poemas para mi hermana* (Accésit Adonáis, 2007), *Actos de amor* (Premio José Hierro, 2011) y *Yo he querido ser grúa muchas veces* (Premio Tiflos, 2013). • **OLGA RENDÓN INFANTE** (Vejer de la Fra., 1976) es licenciada en Filología por la Universidad de Sevilla y doctora por la Universidad de Cádiz con la tesis *Ricardo Molina y la generación del 27 a través de un epistolario inédito. Estudio y edición crítica*. • **JOSEP M. RODRÍGUEZ** (Súria, Barcelona, 1976) es autor del ensayo *Hana o la flor del cerezo* (2007) y de los libros de poemas *Las deudas del viajero* (1998), *Frío* (2002), *La caja negra* (2004), *Raíz* (2008) y *Arquitectura yo* (2012), por el que recibió el Premio de Poesía Generación del 27. • **MARÍA RUIZ OCAÑA** (Sevilla, 1963) ha publicado en las revistas *Piedra del Molino* y *Turia*. Sus versos han sido seleccionados en *Tres poetas sevillanos* (2012). • **LOLA TEROL** (Ceuta, 1960) ha sido incluida en la antología *Tres poetas sevillanos* (2012). En la actualidad cursa el Máster en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla y prepara su tesis doctoral sobre Blas de Otero. • **ÁLVARO VALVERDE** (Plasencia, 1959) es autor de libros de poesía como *Una oculta razón* (Premio Loewe), *A debida distancia*, *Mecánica terrestre* y *Desde fuera*. Su último libro publicado es *Plasencias* (2013). Desde 2005, tiene un blog: mayora.blogspot.com • **JAVIER VELA** (Madrid, 1981) es poeta y novelista. Ha sido galardonado con el Premio Adonáis, el Loewe a la Creación Joven y el de la Crítica Madrileña, entre otros. Coordina la Fundación Carlos Edmundo de Ory.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Directora

Concepción Fernández Martínez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección

Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor

**Enrique Baltanás, Juan Bonilla, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica

Juan Diego Martín Cabeza

Diseño

F. Javier Martínez Navarro

Imprime

Imprenta Sand

ISSN **2341-2224**

DL **SE 618-2014**

Contacto y suscripciones

estacionpoesia@us.es

C/Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2014 *Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla*

© *De los textos, sus autores*